

de estudio; sobre todo, hay mucho que estudiar en estos nobles esfuerzos del poeta, de nuestro primer dramaturgo... uno de los pocos que con verdadera alegría celebraba días antes de ser él derrotado (!) el triunfo del novelista que se atrevía á colocar sobre un fragil tablado el peso de la realidad del mundo sin que esa realidad fuera á dar al *foso*.

No lo dudemos; lo que acaban de hacer Echeagaray y Galdós es algo importante, serio, digno de ser considerado sin la preocupación pasajera del *estreno*, del éxito inmediato. *Un drama nuevo*, que con feliz idea *representó* Vico hace poco, es, como obra *teatral*, como composición escénica, infinitamente superior á los dramas en que se encarnó entre nosotros el ensayo de renovación dramática; y, sin embargo, el *Drama nuevo* que hoy nos hace falta no es el que escribió, hará un cuarto de siglo, Tamayo.

.....
Y basta de teatro. Volvamos, en las revistas sucesivas, á nuestros *libros*, sordos al *tole tole* del público de los estrenos. No hablaremos ya de la escena hasta que el tiempo nos diga si estas nobles tentativas de ahora dan fruto ó pueden más la crítica superficial y las preocupaciones tradicionales.



II

(3 Agosto, 1892.)

Resumen: Juan Ruiz y Menéndez Pelayo.—Obras de Lope de Vega, publicadas por la Academia, ordenadas y comentadas por Menéndez y Pelayo.—*Tristana*, novela de Pérez Galdós.—La prensa y los cuentos.

No es culpa mía si los mismos nombres de autores españoles tienen que reaparecer con frecuencia en estas revistas. Aparte de que la buena literatura no es, ni será en muchos siglos, ó acaso nunca, una democracia, y no se debe ver la pobreza en que no abunden los escritores, sino en la mala calidad de los productos, no se ha de prescindir de los buenos literatos que trabajan, porque sean pocos, y para no *repetirse*, para hablar de los escritores buenos... que no escriben ó de los malos que no debieran escribir.

De las tres clases famosas de violinistas de que nos habla Enrique Heine, á saber, la clase de los

que no tocan el violín, la clase de los que lo tocan mal y la clase de los que lo tocan bien, sólo la última, sea ó no abundante, es la que merece llamar nuestra atención; de ningún modo la segunda, aunque perteneciera á ella el rey violinista de la Gran Bretaña.

Menéndez y Pelayo... (¿qué *culpa* tengo yo de que este señor trabaje mucho y sus trabajos sean notables?) ha publicado un nuevo tomo de su *Antología de poetas líricos españoles*, y continuando el muy erudito y profundo estudio que al principio de cada volumen va consagrando á la historia de nuestra antigua poesía, llega en esta parte á los más ilustres representantes del *saber de clerecía*, y merecen singular atención y particularísimo elogio las muchas páginas que dedica al famoso Archipreste de Hita, al original y poderoso ingenio de Juan Ruíz.—Hay un modo de gracia española, de sátira y vis cómica castellana que no se parece á nada de lo que pueden ofrecernos las literaturas extranjeras. No son muchos, más bien pudiera decirse que son muy pocos, los escritores españoles que tienen este matiz del ingenio á que me refiero y cuyas cualidades distintivas, cuyo *tinte* particular no cabe explicar con los términos comunes de la retórica y de la estética; son pocos, y se diferencian de otros españoles, también graciosos y satíricos de otra manera, como v. gr. los

de la gracia particularmente andaluza; diferénciase más de los *humoristas* ingleses y alemanes (aunque tal vez respecto de los primeros pudieran señalarse ciertas misteriosas semejanzas que recuerdan las de nuestro país asturiano y montañés con algunas regiones de Irlanda), y sólo tienen lejanas analogías con la *joie gauloise*, que tanto echan de menos algunos críticos franceses.—Esta alegría satírica, este gusto cómico de algunos españoles tiene el mérito de criarse en terreno poco á propósito, rodeado de una seriedad enemiga, de una solemnidad formal, de una *morgue*, como dicen nuestros vecinos, que contraría no poco la expansión de esa flor, que, aunque no lo parece, es delicada. Si queréis ver la pura esencia, el florecimiento más hermoso de este matiz de la gracia cómica, que llamaré humorístico á mi despecho y á falta de palabra más exacta, miradlo en Cervantes en el *Quijote* y en algunas de las *Novelas ejemplares*, que aun merecen más fama de la mucha que tienen.

Recordemos á Sancho Panza cuando, harto no de pan ni de vino sino de juzgar y dar pareceres y de hacer estatutos y pragmáticas, se vió sorprendido por la gran batalla nocturna de su ínsula y como un galápago entre dos paveses, y dijo al que le hablaba de la gran victoria conseguida: el enemigo que yo hubiese vencido quiero que me

lo claven en la frente; esto con todo lo demás que sigue hasta partirse de la ínsula con el rucio y topar con Ricote el morisco, representa de la manera más clara y viva este especial gracejo profundo, sano y franco de que vengo hablando, como lo representa en general todo Sancho, de capítulo en capítulo más sublime hasta llegar á enamorar á su mismo criador, Cervantes. Más no ha de entenderse á Sancho como él es, en sí, épicamente, como figura natural, sino en lo que representa del alma de su autor y como éste le vé, y en el contraste, y como contrapeso, con su señor amo D. Quijote. Porque el humor español de que hablo no es un juego lírico en que la risa y las burlas y pequeñeces se buscan para descanso de las profundidades graves que agobian, sino que es como correctivo del excesivo idealismo que el español lleva en el alma; es un miedo á *hacer la bestia* por ser demasiado ideal; no es un realismo neto (que también hay por acá, y tienen otros y es otra cosa) sino como un vejamen oportuno, medicinal, y al mismo tiempo genio satírico por el contraste inverso, á saber: por la comparación del bien ideal con que se sueña y en que se cree, con las realidades bajas, pero necesarias, con que se tropieza, para las que se tiene vista de lince y que se pintan bien para censurarlas del mejor modo, que es hacerlas ver como son ellas.

En Cervantes esta doble vista, este doble anhelo y esta noble aptitud es evidente y se muestra á cada paso; en Tirso, el que le sigue en mérito en tal respecto, á mi juicio, también está todo ello, aunque más velado; pues si el aspecto *realista* lo ven todos, la idealidad del contraste se muestra, al que sabe mirar, en la melodía lírica, casi constante, en obras particulares como *Palabras y Plumas* y el *Condenado por desconfiado* (si es suyo) en muchos de sus amores, á pesar de la lascivia. De Quevedo, que es de esta cepa, mucho malo se ha dicho y se está diciendo, y espíritus no romos se empeñan en no ver en él, cuando escribe bromas, el mismo que tan austero y elevado se manifiesta en las obras serias. De los modernos, que abundan menos en el arte de que hablo, se puede citar á Fígaro, que es el autor de *Don Braulio* y las cartas de Andrés Niporesas, y el autor de ciertos famosos artículos románticos como *La Nochebuena*; pero no cabe nombrar al *Solitario* ni al *Curioso Parlante*, de gran mérito, más de otra índole.

En fin, el *humorismo* español (que no es humorismo, sino otra cosa que aun no tiene nombre) no es la voluntaria y hasta artificial manera del ingenio idealista y profundo que, como Juan Pablo (pese á los desdenes de Taine y á la poco favorable opinión de Gœthe y Schiller) ó como

nuestro Campoamor (lo menos español posible en este respecto), busca el contraste del fondo y la expresión, de la forma y la intención inicial para satisfacer necesidades de libertad individual, de una especie de *democracia de facultades*, de panteísmo estético, de simbolismo artístico; es más bien el humorismo idealista-naturalista de algunos de nuestros escritores insignes un gran sentido práctico, ayudado de una gran fuerza plástica para pintar la vida real ordinaria que acompaña á un genio de raza espiritualísima, casi mística, fiel á la fe ideal, á la autoridad racional y sentimentalmente admitida.

El epicurismo de Quevedo, de Tirso... de Sancho Panza, están siempre disputados y contrapesados por toda una metafísica, por toda una moral, por toda una idealidad claras, bien definidas y de cuya sinceridad y seriedad no cabe dudar un momento. Pocas cosas habrá más ternas en literatura que las *fugas* de religiosidad, de fe cristiana, que como consuelos y contrastes nada amañerados aparecen en Cervantes entre las más desengañadas observaciones de las lacéras del mundo.

De Juan Ruíz no cabría decir todo lo anterior, sin muchas variantes y salvedades, pero sí que el germen de muchas de las cualidades de nuestra literatura humorística *sui generis* está en el Ar-

chipreste, que es la fuente original de muchas cosas castizas de nuestro espíritu literario. Menéndez y Pelayo nota en él esa fuerza plástica para pintar, para reflejar con palabras la vida que le rodea con todas sus formas y colores; el vigor satírico nace en Juan Ruíz principalmente de esa fuerza, que es sin duda su principal mérito, y el que le hace de agradable lectura aun en nuestro tiempo, á pesar de las grandísimas dificultades de vocabulario, alusiones, obscuridades, etc., etc.

Combate el ilustre crítico la generosa teoría de Amador de los Ríos, según la cual, Juan Ruíz no se propone más que moralizar, ofreciéndose á sí propio, con abnegación de dudosa moralidad, como ejemplo de vicios y pecados que en realidad no tuvo, á fin de corregir los ajenos. No admite esto Menéndez y Pelayo y hace bien: Juan Ruíz fue, para él, un clérigo alegre, de costumbres licenciosas, sin que por esto pierda nada su mérito literario, ni la transcendencia de su *obra*.

Tampoco admite el profesor de la Central que el Archipreste fuese perseguido por sus sátiras contra el clero, como si estas fueran una revelación de las malas costumbres que en tal siglo *padecía* la clase. Si Albornoz castigó á Juan Ruíz, piensa Menéndez y Pelayo, sería por sus particulares extravíos, pero no estaban los tiempos para que nadie se escandalizase porque se pintara al

clero entregado á la vida disipada, que efectivamente hacía (1).

.....

*
* *

La Academia Española ha emprendido una labor de verdadera importancia, por la que merece aplausos. Es su propósito publicar una gran edición de todas las obras de *Lope de Vega*. Vió la luz el primer tomo hace muchos meses y contenía la notable biografía de Lope, que debemos al erudito D. Cayetano A. de la Barrera. Menéndez y Pelayo, que es el académico encargado de dirigir y comentar la monumental edición del gran poeta, comienza su formidable trabajo en el tomo segundo, poco ha publicado, y que se titula *Autos y coloquios*.

Parece mentira que el insigne crítico que tantas lecturas y meditaciones viene consagrandó á infinidad de escritores nacionales y extranjeros, antiguos y modernos, encuentre tiempo y pacien-

(1) Véase acerca de la sátira contra el clero de la Edad media lo que dice Brunetière hablando de los *Fabliaux* franceses.

cia para leer, examinar, cotejar, expurgar y clasificar los innumerables textos de Lope, muchísimos de los cuales le tienen á él por primer lector después de tiempo inmemorial. Menéndez y Pelayo ha aprovechado, y así lo confiesa, los trabajos de muchos predecesores, particularmente alemanes e ingleses; pero en la difícil materia de clasificar las obras dramáticas del Fénix de los Ingenios se atiene á su propio criterio, que á mi juicio, bien humilde, es acertado, pues huye de encasillados retóricos para atenerse á más útil y práctica pauta.

No hay aquí espacio para examinar el gran mérito de estos estudios preliminares; sólo diré que el valor principal de Lope de Vega lo ve el crítico en ser su teatro una representación universal de toda la vida *épica* de su tiempo, en los mundos de la realidad y de la fantasía, de las creencias y de la historia. Lo que de Balzac se ha dicho en nuestro tiempo, se puede con mucha más razón decir de Lope; su teatro es un gran monumento de ladrillo... á trechos (á trechos del más puro jaspe) cuya belleza mayor está en su grandeza, en ser toda una *creación poética*.

Aunque es *frase hecha*... por mí, y dicha en otra parte, repetiré que al ver á Marcelino comentando á Lope, se me ocurre exclamar:

¡Entre *monstruos* anda el juego!

Porque, ¿quién duda que Menéndez y Pelayo es el Lope de la crítica española?

*
* *

Tristana se titula la última novela de Pérez Galdós, y aunque se publicó hace muchos meses, he de decir de ella cuatro palabras, ya que no tuve ocasión en anteriores revistas.

Tuvo este libro la desgracia de publicarse cuando *Realidad*, el drama, llamaba tanto la atención del público, de la crítica... y del autor.

Galdós mismo ha mirado con cierto desdén esta novela suya...

Y, sin embargo, sin ser de las mejores, ni mucho menos, es digna hermana de las que la preceden.

Tristana, desgraciada en vida, víctima de un destino *opaco*, indeciso, sufrió igual suerte en el arte. Galdós fue con *Tristana* no menos cruel que el mundo. La hizo á medias. Si él hubiese empeñado en esta obra los recursos que generalmente emplea, la pobre coja soñadora resaltaría entre las más bellas figuras femeninas que ha ideado el autor.

*
* *

Sigo siempre con gran atención y mucho interés los cambios que va experimentando en nuestra patria la prensa periódica, cuya importancia para toda la vida de la cultura nacional es innegable, cualquiera que sea la opinión que se tenga de su influencia benéfica ó nociva. Lejos de todas las exageraciones, lo más prudente es reconocer que el periodismo, y particularmente el periodismo español, tiene muchos defectos y causa graves males, así en política como en religión, derecho, arte, literatura, etc., etc.; pero sin negarse á la evidencia, no es posible desconocer que tales daños están compensados con muchos bienes, y sobre todo con el incalculable de cumplir un cometido necesario para la vida moderna, y en el cual es el periódico insustituible.

Por lo que toca á las letras, hay épocas en que la prensa española las ayuda mucho, les da casi, casi la poca vida que tienen; esto es natural en un país que lee poco, no estudia apenas nada y es muy aficionado á enterarse de todo sin esfuerzo; mas por lo mismo, por ese gran poder que el periodismo español tiene en nuestra literatura, cuando la prensa se tuerce y olvida ó menosprecia su misión literaria, el daño que causa es grande.

Á raíz de la revolución, y aun más, puede decirse, en los primeros años de la restauración, el

periódico fue aquí muy literario y sirvió no poco para los conatos de florecimiento que hubo. Hoy, en general, comienza á decaer la literatura periodística, por el excesivo afán de seguir los gustos y los vicios del público en vez de guiarle, por culpas de orden económico y por otras causas que no es del caso explicar. La crítica particularmente ha bajado mucho, y poco á poco van sustituyendo en ella á los verdaderos literatos de vocación, de carrera, los que lo son por incidente, por ocasión, en calidad de medianías.

Por lo mismo que existe esta decadencia, son muy de aplaudir los esfuerzos de algunas empresas periodísticas por conservar y aun aumentar el tono literario del periódico popular, sin perjuicio de conservar sus caracteres peculiares de papel ligero, de pura actualidad y hasta vulgar, ya que esto parece necesario. Entre los varios expedientes inventados á este fin puede señalarse la moda del cuento, que se ha extendido por toda la prensa madrileña. Es muy de alabar esta costumbre, aunque no está exenta de peligros. Por de pronto, obedece al afán de ahorrar tiempo; si al artículo de fondo sustituyen el suelto, la noticia; á la novela larga es natural que sustituya el cuento. Sería de alabar que los lectores y lectoras del folletín apelmazado, *judicial* y muchas veces *justiciable*, escrito en un francés

traidor á su patria y á Castilla, se fuesen pasando del novelón al cuento; mejorarían en general de gusto estético y perderían mucho menos tiempo. El mal está en que muchos entienden que de la novela al cuento va lo mismo que del artículo á la noticia: no todos se creen Lorenzanas; pero ¿quién no sabe escribir una noticia? La relación no es la misma. El cuento no es más ni menos arte que la novela: no es más difícil como se ha dicho, pero tampoco menos; es otra cosa: es más difícil para el que no es *cuentista*. En general, sabe hacer cuentos el que es novelista, de cierto género, no el que no es artista. Muchos particulares que hasta ahora jamás se habían creído con aptitudes para inventar fábulas en prosa con el nombre de novelas, *han roto* á escribir cuentos, como si en la vida hubieran hecho otra cosa. Creen que es más modesto el papel de cuentista y se atreven con él sin miedo. Es una aberración. El que no sea artista, el que no sea poeta, en el lato sentido, no hará un cuento, como no hará una novela. Los alemanes, aun los del día, se precian de cultivar el género del cuento con aptitudes especiales, que explican por causas fisiológicas, climatológicas y sociológicas: Pablo Heyse, por ejemplo, es entre ellos tan ilustre como el novelista de novelas largas más famoso, y él se tiene, y hace bien, por tanto como un

Freitag, un Raabe, ó quien se quiera,—Además, entre nosotros se reduce en rigor la diferencia de la novela y del cuento á las dimensiones, y en Alemania no es así, pues como observa bien Eduardo de Morsier, *El vaso roto*, de Merimée, que tiene pocas páginas, es una verdadera novela (roman), y *La novela de la canonesa*, de Heyse, es una *nouvelle* y ocupa un volumen. En España no usamos para todo esto más que dos palabras: cuento, novela, y en otros países, como en Francia, v. gr., tienen *roman*, *conte*, *nouvelle* ú otras equivalentes. Y sin embargo, el cuento y la *nouvelle* no son lo mismo. Pero lo peor no es esto, sino que se cree con aptitud para escribir cuentos, porque son cortos, el que reconoce no tenerla para otros empeños artísticos. El remedio de este espejismo de la vanidad depende, en el caso presente, de los directores de los periódicos.

De todas suertes, bueno es que las columnas de los papeles más leídos se llenen con narraciones y desahogos que muchas veces son efectivamente literarios, hurtando algún espacio á los pelotaris, á la causas célebres, á los toros y á los diputados ordinarios.



III

Historia del descubrimiento de América

POR

EMILIO CASTELAR

(4 Noviembre, 1892.)

La distancia tiene á veces ciertas virtudes del tiempo; los países extraños suelen hacer el oficio de posteridad. Victor Hugo, por ejemplo, ha sido mejor juzgado, en definitiva, por la multitud de pueblos que le proclamaron gran poeta, que por los literatos franceses que le veían de cerca y se fijaban en sus lunares y en las arrugas de su vejez. Algo parecido había pasado antes con Byron.

Castelar, aunque cuenta con el cariño y la admiración de su patria, aquí tiene hasta pretendidos rivales, y por lo que toca á incienso oficial, á honores académicos y otras distinciones por el es-